

22.º domingo ordinario C



*En tus asuntos procede con humildad
y te querrán más que al hombre generoso. (Si 3,19)*

Primera lectura

Eclesiástico (Sirácida) 3,19-21.30-31

Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso. Hazte pequeño en las grandezas humanas, y alcanzarás el favor de Dios; porque es grande la misericordia de Dios, y revela sus secretos a los humildes. No corras a curar la herida del cínico, pues no tiene cura, es brote de mala planta. El sabio aprecia las sentencias de los sabios, el oído atento a la sabiduría se alegrará.

Segunda lectura

Hebreos 12,18-19.22-24a

Hermanos y hermanas: Vosotros no os habéis acercado a un monte tangible, a un fuego encendido, a densos nubarrones, a la tormenta, al sonido de la trompeta; ni habéis oído aquella voz que el pueblo, al oírla, pidió que no les siguiera hablando. Vosotros os habéis acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo; a la asamblea de innumerables ángeles, a la congregación de los primogénitos inscritos en el cielo; a Dios, juez de todos; a las almas de los justos que han llegado a su destino y al Mediador de la nueva alianza, Jesús.

Evangelio

Lucas 14,1.7-14

Entró Jesús un sábado en casa de uno de los principales fariseos para comer, y ellos le estaban espiando. Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les propuso este ejemplo: – Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y vendrá el que os convidó a ti y al otro, y te dirá: "Cédele el puesto a éste". Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto.

Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: "Amigo, sube más arriba". Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el

que se humilla será enaltecido. Y dijo al que lo había invitado: – Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, porque corresponderán invitándote y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos.

Meditación

Estamos en sábado y Jesús, participando en la comida de un fariseo distinguido, alude al banquete escatológico del reino: su gesto trata del servicio interhumano y muestra que el banquete de Dios es un regalo que se ofrece de manera gratuita a los perdidos de la tierra. Común a estos casos es el valorar la existencia verdadera como un don que se recibe y que se ofrece hacia los otros.

El don del reino, que culmina en la plenitud del banquete escatológico, se traduce en una actitud o forma de existencia. Tal es el mensaje que contiene nuestro texto. Negativamente, esa actitud se define en moldes de auténtica humildad: nunca se puede pretender el primer puesto ni destacar, por el honor, sobre los otros. La vida verdadera no se gana por ganar un simple honor; ni un hombre es grande cuando busca simplemente su grandeza. La vida se gana en el servicio hacia los otros; la grandeza verdadera es siempre efecto (o expresión) del don que se ofrece a los demás y se recibe de los otros.

Importa más el formular el aspecto positivo del problema. Sabemos por la historia y la experiencia que el hombre es un sujeto activo; entabla relaciones con los otros, les ayuda y vive siempre dependiendo de ellos. Pues bien, Jesús añade que en la fiesta de la vida la ley definitiva nunca puede ser el intercambio: "Te doy para que des; invito porque espero que me invites; te ayudo, pues presiento que otro día vendré a ser ayudado". Esta actitud convierte el mundo en negocio. Frente a ello el mundo de Jesús está centrado en el amor que ofrece libremente y no en un tipo de negocio. Jesús precisa: invita a los que nunca pueden responderte, ayuda al pobre, ofrece lo que tienes sin pararte a pensar en recompensas. Cuando actúes de esa forma, tendrás la impresión de que has perdido y, sin embargo, estás creando en torno a ti una imagen (un signo y un preludio) de aquel reino decisivo que es un don del Dios que cura, un don del Dios que ofrece todo lo que tiene a los perdidos de la tierra (los humanos). Es posible que los hombres que se mueven en un plano "mercantil" afirmen que estás loco: dirán que eres tonto y no sabes vivir sobre la tierra. Sin embargo, Cristo te asegura que tu gesto es decisivo, lleva la verdad del reino de Dios, que nunca pasa.

Las palabras de Jesús se centran en dos rasgos primordiales:

1) desde un punto de vista personal, la novedad de Jesús (del reino) exige superar el egoísmo que pretende convertirnos en el centro de la vida de los otros. Es radical en este aspecto la palabra de Jesús: "Todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será exaltado" (14,11). Quien busca solamente su justicia, su ventaja y plenitud se pierde como humano; no ha entendido la verdad del Cristo que en la cruz entrega su existencia por los otros.

2) Sólo quien da sin calcular, el que se entrega por los otros e introduce sobre el mundo su semilla (muere) habrá alcanzado su grandeza. El texto evangélico lo precisa aludiendo a la plenitud de la resurrección. Cristo recupera en gloria aquello que ha perdido (que ha entregado por los otros) en la muerte; de una forma semejante, los creyentes recuperan (plenifican) aquello que han sabido dar para los otros.